

El sudor frío se deslizaba con rapidez por mi frente, plagada de pelo rizo y negro, por mis mejillas pálidas, y caía finalmente de mi mentón para acabar aterrizando en la absoluta oscuridad. De no ser porque lo estaba pisando, no hubiera sabido que realmente había un suelo, una superficie irregular sobre la que caminaba, que no me encontraba suspendido en la nada. Esa negrura cubría todo, impidiéndome ver lo que está delante de mí. Debido a ello, me vi obligado a correr con los brazos extendidos hacia adelante, rezando por no chocar contra algo, pues a esa velocidad resultaría en la ruptura inevitable de mis brazos.

Tras correr sin ningún destino por la oscuridad, decidí detenerme, notando punzadas de dolor en mi costado debido al esfuerzo, aunque no me vi capaz de determinar si ese dolor era real o no. Quizás era el miedo, o el cansancio, pero sentía como si esa sensación no fuese verdadera. Al igual que todo lo demás. Aún así, me apoyé sobre mis rodillas, intentando recuperar el aliento, y haciendo un esfuerzo mental por comprender qué estaba pasando.

Me había despertado en ese lugar. Lo primero que había llegado a mis ojos al abrirlos era la imponente oscuridad que cubría aquel misterioso sitio, de suelo irregular, como si tuviese piedras (o eso quería creer que eran, pues crujían bajo mis pies con un desagradable sonido seco), y sin ningún tipo de relieve. Así mismo, carecía de obstáculos, como árboles, rocas más grandes o incluso paredes. Era, sin duda, un paisaje imposible, un lugar completamente plano e infinito, como si me encontrase en una de esas rectas que me explicaban, sin éxito, en mis estudios secundarios no obligatorios.

Había buscado en mis bolsillos algún tipo de objeto que me pudiese resultar útil para ver, como mi móvil o un mechero, aunque era improbable que me encontrase éste último, ya que no solía llevar uno encima. Sin embargo, la búsqueda no tuvo ningún éxito. Mis bolsillos estaban completamente vacíos, tanto los de los pantalones como los de la chaqueta. Por un momento se cruzó por mi cabeza la idea de que alguien me había quitado todas mis pertenencias y, acto seguido, me había abandonado allí, pero comprobé que estaba equivocado al notar que tampoco llevaba el anillo que sólo me quitaba en casa. A pesar de que existía una enorme probabilidad de que esa misteriosa persona me hubiera quitado también el anillo, sentencí que el último sitio donde había estado era mi propio hogar, incluso sin pruebas concluyentes, por lo que la culpa de mi carencia de objetos era única y exclusivamente mía.

Lo siguiente que noté, exactamente después de dejar de lamentarme por no llevar nada encima, fue la presencia. No hubiera sabido describirla, y tampoco me veía capaz en aquellos momentos, tras haber corrido durante lo que me pareció una eternidad, de decir qué era aquel ser. No lo había visto –hubiera resultado imposible, de todos modos, debido a la oscuridad–, ni escuchado. Sólo lo había notado, como si un sexto sentido hubiera nacido sin previo aviso en mi mente, un sentido macabro y siniestro que me advertía de que algo desconocido estaba detrás,

observándome, conociendo cada uno de mis movimientos. Y automáticamente, puede que por instinto, había echado a correr.

Tras rememorar los sucesos que habían ocurrido tan de repente, y habiendo recobrado ya el aliento, a pesar de que aún sentía punzadas de dolor por todo el vientre, decidí retomar el camino, ahora con un ritmo más pausado, ya que había cesado mi detección de aquella presencia, ya fuera porque ésta se había quedado atrás o porque, sin ninguna razón aparente, el sexto sentido se había ido tan repentinamente como había aparecido. Deseé con toda mi alma que se tratase de la primera opción.

Como si me pasease en el mar de sombras, caminé lentamente sin saber a dónde acabaría llegando, si es que podía llegar alguna vez a alguna parte. Mientras me movía pisando las piedras quebradizas, o aquello que fueran, intenté recordar algo anterior a mi despertar, puesto que la respuesta a esa gran incógnita seguía en la niebla. Aun con todo mi esfuerzo, no logré acordarme de nada. Todo era un espacio en blanco o, más apropiadamente, en negro.

Me detuve en seco. Como si una válvula se hubiese abierto en mi interior, todo el pesimismo empezó a inundarme. No sabía dónde estaba, cómo había llegado ahí, ni cómo salir. Quizás estaba destinado a ser encontrado por aquella presencia, a pesar de lo que hiciese, pues aquel era, sin duda, su espacio. El sentimiento de impotencia se apoderó de mí, paralizando mi cuerpo, susurrándome que era inútil continuar caminando sin un destino. Me senté, temblando, en aquel suelo, tocando aquella materia lisa, dura, y aún así quebradiza, con las yemas de mis dedos. Me había intentado convencer de que eran rocas cuando sabía perfectamente, de alguna manera, que eran huesos. Susurré aquella palabra, intentando convencer por completo a mi mente, que seguía, muy en el fondo, negando aquella realidad, quizás por la repulsión de la idea.

Me recosté sobre los huesos, cansado, pesimista, incapaz de continuar o desdeñando el deseo de hacerlo. Tan sólo deseaba cerrar los ojos y despertar en un lugar distinto, donde la oscuridad se hubiese ido, donde estuviese a salvo. Sólo antes de sumergirme en el sueño noté de nuevo la presencia, seguida de un dolor en el cuello que se iba desvaneciendo junto con mi mente.